

A man with short, light-colored hair and a goatee, wearing a dark leather motorcycle jacket over a white t-shirt, is sitting on a motorcycle. He is looking off to the side with a serious expression. The motorcycle's handlebars, mirrors, and headlight are visible in the foreground. The background is slightly blurred, showing a red structure, possibly a building or fence.

# ÁNGELES NEGROS

TERRI HIGWORT



---

---

# Agradecimientos

Publicar y escribir este libro ha sido posible, primero que todo, gracias a nuestro padre celestial, que nos da dones y no nos desampara, como dice su palabra: «Esfuézate y sé valiente que yo, el señor, tu Dios, estaré contigo todos los días de tu vida». Gracias, padre celestial, por tu amor y tu misericordia.

A mi mami, quien siempre ha apoyado mis trabajos, con halagos llenos de amor y creyó que había un gran escritor dentro de mí. Gracias, mami, Dios te bendiga y te dé muchos años de vida.

A mi hija, que tuvo la paciencia de soportar mis horas largas de trabajo y que me animaba a seguir escribiendo. Te amo, mi corazón.

A mi alma gemela, que siempre me impulsa a seguir mis sueños y alcanzarlos por el simple placer de hacerlos, gracias.

A mi querida prima Titi. Gracias por tu apoyo, eres un ángel en mi vida. Dios te bendiga.

A mi bella sobrina Beba, porque siempre has estado con nosotros.

A mis dos hijas especiales checas, Ivetka y Kristinka, que me dieron ánimos en todo momento para hacer este proyecto realidad.

---

A mi prima Tania, que siempre está ahí para ayudarme incondicionalmente y aconsejarme, de corazón mil gracias. Sin ella este libro no hubiese llegado a donde llegó.

A un maravilloso amigo, el doctor Julio Alvarado, que me ayudó con cada detalle de este libro. Gracias por tu tiempo y tu paciencia, besos y bendiciones.

A todos mis amigos en el mundo que apoyan este proyecto, pero muy en especial a una maravillosa persona: la doctora Claudia Bonilla. Gracias por ser mi fan número uno, por tu amistad sincera, tus opiniones positivas y tus ideas. Has sido una bendición en mi vida y este libro va por ti, te lo dedico.

Y, por último, a todos los que no me conocen y lean mis publicaciones en mi página. Me animan con sus bellos comentarios a seguir escribiendo. A ellos, mil gracias de todo corazón porque sin ustedes *Ángeles Negros* no sería lo que es. Que el Señor me los colme de un millón de bendiciones. Gracias.

---

# 1

## Portland

Cuando sonó el teléfono, no me sorprendió en absoluto. Por un mes había timbrado a la misma hora todos los días y sabía quién era y qué quería: Lean Whiteside, mi amable y peculiar amiga, vecina de al lado.

—¡Por favor, di que sí! Por favor —chillaba—. ¡Salgamos! Pronto iniciará el semestre en la universidad y podrás retomar los hábitos —decía en son de broma.

—Lean, te lo agradezco, pero ya sabes mi respuesta. —Que era la misma todos los fines de semana y uno que otro día en especial, como los viernes.

—Por favor, me muerdo de ganas por ir y no tengo carro. Mamá se sentirá más tranquila si me acompaña. Por favor, solo por este fin de semana, te lo prometo. —No sé por qué presentía que no iba a ser el único fin de semana—. Y, si aceptas, nunca más te volveré a pedir que violes tu código de encierro —juraba burlonamente.

—Lean, de verdad, ¡no puedo! —intenté convencerla o, más bien, convencerme a mí misma de rechazar los inagotables ale-

---

gatos posibles e imposibles que me presentaba. Era peor que el abogado de un mafioso bien amenazado y, para mi desgracia, hoy fue el día que...

—¡Dios! Dime la verdad, no quieres salir conmigo porque no me consideras tu amiga.

Encontró mi talón de Aquiles, nuestra amistad. ¡Rayos! No quería hacerlo, todavía no me sentía lista y para mi sorpresa, mientras intentaba excusarme, dijo:

—¡Perfecto! —gritó ignorando lo que decía—. Me arreglo en quince minutos y pasas por mí, no, mejor, yo llego a tu casa —concluyó emocionada y con una frescura casi insoportable.

Mi madre y su madre se hicieron amigas a primera vista casi desde «el momento en que se vieron en el kínder», bromeaba la mamá de Lean. No era extraño, ambas nacieron en Alberta, Canadá, asistieron juntas a la misma escuela, al colegio e incluso a la universidad. Fueron inseparables hasta el momento en que mi madre se alistó como voluntaria de Médicos Sin Fronteras, mientras que la mamá de mi amiga se casaba e iba a vivir a Estados Unidos, estableciéndose en el pueblo natal de su pareja, Darkwood. Pese a la distancia, su amistad se mantuvo fuerte y firme. Siempre que podían se visitaban en vacaciones, fechas especiales y festividades e incluso en los momentos más duros de su vida, como cuando murió el padre de Lean y luego, años más tarde, el mío. Había mucha historia y recuerdos entre ellas. Era un verdadero e inquebrantable lazo que al parecer Lean y yo habíamos heredado y fomentado durante los cortos periodos que habíamos compartimos de niñas y que se afirmó después de mi llegada a este lugar.

Nos hicimos inseparables pese a habernos criamos en diferentes partes del mundo y nuestras múltiples diferencias. Congeniamos casi a la perfección, fenómeno que era inexplicable. Mientras Lean era la típica norteamericana aventurera, parrandera y des-

---

preocupada, yo era cautelosa, prudente y mesurada. Lo que tal vez se debía a que yo había vivido en muchos países del mundo; por el trabajo de papá, vivimos en Inglaterra, Canadá, España, México y, por último, Colombia, donde pasé la mayor parte de mi adolescencia y fue allí donde decidí estudiar la noble carrera de medicina. A mis diecisiete años descubrí que no solo me fascinaba, sino que me apasionaba la idea de ayudar a otros, y ese fue el motor que me impulsó a dedicarme las veinticuatro horas por trescientos sesenta y cinco días de los últimos siete años, porque como decía mamá: «Lo que se llevaba en la sangre no se puede evitar». Y, gracias a los programas de estas universidades latinoamericanas, donde sus alumnos asisten y ayudan a pacientes desde su cuarto año, pude obtener una amplia experiencia clínica desde muy joven. Era lo que papá llamaba formación de «médicos de guerra» preparados para todo.

Y fue justo ahí, en esa época, cuando terminaba mi séptimo año de universidad, cuando la tragedia llegó a nuestras vidas: papá murió y mamá decidió regresar a Canadá, su país natal y nuestro primer hogar. Donde ella había vivido casi toda su vida, sus primeros años de su matrimonio, y donde yo había pasado una infancia más que feliz, pero por desgracia con el tiempo las cosas no resultaron como ella pensó y poco a poco los recuerdos la fueron abrumando hasta el punto de que fue insoportable seguir viviendo ahí y una de las razones por las que decidió mudarse a un lugar en Portland, Oregón.

Darkwood, un pequeño pueblo ubicado entre las Montañas Azules al par del río Wood y muy cerca del Lago Bluewood, se encuentra el centro del lugar; donde se observan por todas las avenidas edificios con cimientos de piedra, paredes de ladrillo rojo con ventanas y puertas adornadas con elaborada colonial. Ceras amplias y largas, adornadas con maceteros cubiertos de flores, suelen aromatizar el aire casi todo el año y, por las noches, los

---

faroles encendidos al subir la neblina crean un ambiente romántico medieval. A sus alrededores, las residenciales entre medio de ríos y bosques, en su mayoría casas de madera, con vistosos tejados en triángulo, amplias ventanas e inmensos jardines, nos recuerdan las hermosas villas europeas entremezcladas con un estilo clásico *country*. Y, como un rasgo muy particular, su historia, costumbres y tradiciones están forjadas bajo las ruinas restauradas de aquella civilización temeraria de guerreros marítimos que, de vez en cuando, en cada solsticio o ciclo lunar, evocan a la vida extraordinarias leyendas o traen a la luz oscuros secretos que hacen de Darkwood y su gente un lugar muy misteriosos y peculiar.

Por los recuerdos de tiempos alegres pasados y por ser donde vivían las que considerábamos nuestra única familia, Paolin y Lean fueron razones suficientes para venir e intentar olvidar lo perdido y rehacer una vida.

Sonó el timbre, no una, varias veces. No sé por qué lo hacía, sabía dónde estaba escondida la llave de repuesto de mi casa y, de todos modos, entraba sin pedir permiso por la cocina cada vez que se le antojaba. No me molesté en ir a abrir. En un momento ya la veía aproximándose a mí y mirándome como juez de concurso de belleza.

—¿Así piensas ir? —se quejó desde el pasillo sin terminar de entrar.

—Así o no vamos —advertí firme.

—¡Cielos! No me explico. ¿Por qué no te arreglas un poco más? ¿De qué sirve que tengas ese cuerpazo si no lo enseñas? —se quejaba—. No sé si estudias para médico o monja —seguía mientras yo le lanzaba una mirada fulminante, pensando que un par de *jeans* y una camisa manga larga decente eran más que suficiente para una salida casual.

—Bien, creo que me conformaré con tu físico exótico —murmuró dejándose caer encima del silloncito junto a mi



---

ventana. Mientras yo maldecía en mis adentros, Lean no terminaba de entender que lo que yo menos quería era hacerme notar, aunque creo que eso sería muy difícil de no hacer. Las personas con mi físico moreno canela claro exótico, como me definía ella, eran muy raras en este lugar, así que, aunque no lo quisiera, parecía que andaba un letrero fluorescente que decía: «Mírenme, no soy de aquí».

Hice un último intento por hacerla desistir, aunque ya había agotada todo el repertorio de excusas, posibles e imposibles, que se me ocurrían. Me vi obligada a usar mi último recurso, llamar a mi madre, intentando que ella me salvara de la locura que íbamos a cometer. Tomé mi cel de la mesita de noche junto a mi cama, marqué su número esperando un milagro y, mientras mi amiga subía los ojos al techo aburrida, contestó. Le expuse la idea en un tono serio y aburrido, pero, lejos de oponerse, se puso muy contenta e incluso me alentó a que lo hiciera pese a agregar exactamente a dónde íbamos, a un bar. «¡Demonios!», me dije a mí misma intentando ocultar mis sentimientos de desacuerdo, desagrado y frustración para no darle una nueva excusa a mi mejor amiga para seguir molestándome. Sin más remedio, di un respiro profundo, bajamos las escalera, tomé las llaves de la mesita del recibidor, abrí la puerta y nos subimos en mi *pick-up* de paila negro.

Durante todo el camino no perdí la esperanza de que Lean lo reconsiderara. ¡Causa perdida! No lo hizo y cuando menos lo acordé ahí estábamos.

El Redbull era un bar muy típico de la zona, con sus paredes de ladrillo rojo, pilares, mesas y bar de madera de estilo tradicional con detalles modernos y *souvenirs*, fotos y extraños objetos alusivos de otros estados, lo que mi amiga definía como «la esencia de la cultura americana». Localizado a las afueras del pueblo, en un punto estratégico, es parada atractiva de viajeros y turistas, razones por las que suele estar siempre muy concurrido, pero,

---

sobre todo, por ser un el rincón especial de cierto tipo de personas que prefería tener a distancia. Famoso no solo por su cerveza casera, sino por los colosales zafarranchos que se armaban, corte-sía de su selecta y especial clientela de fin de semana.

—¡Está lleno de pandilleros! —me quejé, mirando con cara de pocos amigos el lugar, después de parquearme y apagar el motor.

—No son pandilleros, son motociclistas —me corrigió Lean.

—Motociclistas, pandilleros, bandas, vagos, da lo mismo —gruñía.

—¡Dios! Aquí no estamos en tu país —renegó fulminándome con la mirada—. Por favor, por una noche quítate el hábito de monja latina y pasemos por una vez en la vida un rato divertido —me suplicaba, pero con ese tonito burlón con que me achacaba lo de «monja y latina» me daban ganas de darle un golpe en la cara y no descartaría que en algún momento de la noche lo haría.

Creo que Lean no se daba cuenta de que sonaba algo ofensivo pese a decirlo en broma y especialmente porque estaba muy orgullosa de mis raíces y mi cultura. Era una parte esencial y especial de mi padre como hijo de madre colombiana y padre inglés. De ahí probablemente había heredado mi estatura de 1,70 metros, mi color de piel morena clara bronceada, mi cabellera rizada arrepentida y mis ojos color aceituna.

—Leaaannn —gruñí muy seria, dándole una advertencia.

—Bien, bien, te prometo portarme bien —dijo fingiendo seriedad saltando del carro. Se alisó la minifalda descarada que traía y dio unos cuantos pasos a la entrada, dando tiempo de que me bajara.

No pude evitar observar de reojo con recelo el tipo de carros y motos Harley estacionadas en el parqueo. Los motociclistas, por alguna razón, me encrespaban los vellos del cuerpo. Tenía una idea un poco espeluznante de ellos. Me parecían hombres rudos, violentos, agresivos, involucrados en actividades ilícitas y peligro-

---

sas. Además, suelen agruparse según su raza y creencias, lo que me preocupaba aún más. Pues, por si no se daba cuenta Lean, yo era la rareza de mi raza en un lugar donde la mayoría son blancos y ni mencionar cuando le confesé haber visto el documental de la famosa banda de Ángeles del Infierno. Se echó a reír diciendo: «No estamos en los sesenta», asegurando que sus amigos eran un simple «club de moteros, con el denominador común de amistad y motos».

—Así como al grupo ese rarito al que perteneces —dijo con desprecio.

—El club de admiradores de Agatha Christie.

—Ese —dijo despectivamente.

Lean entró de lo más segura, confiada y fresca, contoneándose elegantemente de lado a lado al bar, por lo que deduje que este era, sin duda, su ambiente natural y lo confirmé cuando observé como un par de tipos le saludaban levantando la barbilla e incluso uno en la barra la saludó gritándole: «¡Muñeca!», con una especial y cariñosa confianza.

Pero, cuando me vieron a mí, juraría que hubo un silencio sepulcral. Todo el mundo me miraba con recelo y otros con cara de pocos amigos. Rápidamente recorrí el lugar con la vista. Lo que me temía, era la única con la piel tostada en todo el lugar, lo que me puso más incómoda todavía.

—¡Vamos! Ahí está Bryant —gritó alegre mi amiga, provocando que el resto de los ojos alejados nos voltearan a examinar. La discreción no era su segundo nombre. Me tomó de la mano, jalándome casi a rastras, hasta llegar a una de las últimas mesas mientras yo examinaba con ojo crítico la interesante decoración, muy diferente a su exterior. Está muy cargada y mezclada con dos diferentes estilos muy americanos: «el motero», ya saben, ruedas, placas, banderas, accesorios y fotos de corredores, todo lo alusivo a motos y carros y «el *country*», animales disecados,

---

pieles, artefactos indios, implementos de fincas y armas antiguas. Muy típico, histórico y muy a su manera acogedor, supongo.

—¿Qué hay, Lean? Tiempo sin verte —la saludó efusivamente un joven muy guapo y alegre que al aproximarnos se levantó inmediatamente, dejándome sorprendida ante su formidable estatura. Medía casi un 1,90 metros o más calculé. Inmediatamente la estrechó fuerte entre sus brazos para luego zamparle un beso con pasión en sus labios.

«¡Cielos! —pensé—. Y esto que solo son amigos. ¿Qué le hubiese hecho si fueran novios?», me preguntaba. Luego de tan espectacular saludo y de agradecerlo con una sonrisa pícaro sugerente, Lean se hizo el cabello hacia atrás retomando la compostura para luego voltear a verme diciendo:

—Ella es la amiga de quien tanto te he hablado... ¡Terri! —me presentó con cariñoso y podría decir con mucho orgullo, lo que me dio mucho gusto. Me quedé un poco petrificada mientras la mole de músculos, por suerte, solo me apretujaba para darme un firme abrazo como saludo.

Bryant era como me lo había descrito Lean: blanco, rubio, alto, muy fornido, ojos claros y muy guapo, como casi todo el mundo en este pueblo, pero olvidó un detalle, decirme que era motociclista. Vestía la típica chaqueta negra, con un logo en la parte de enfrente con letras pequeñas que rezaba: «Ángeles Negros».

Ante mi desconcierto, mi amiga me haló del brazo y me sentó de un solo tirón en la silla mientras su amigo le hacía señas a una mesera, una chica con una miniseta desde donde se asomaba la mayor parte de sus senos y su ombligo perforado con un par de pírsines y ni hablar de su minifalda; bonita, aunque algo vulgar para mi gusto y no por estar repleta de metal en orejas, nariz y boca, sino por la forma en que mascaba su chicle. Literalmente, la goma hacía un esfuerzo por no caer de su boca.

---

—¡Hey! Eres la nueva, ¿eeeh? —dijo en voz alta y sin disimulo al verme. Pero rápidamente recobró la compostura cuando Bryant le agradeció las mil tarras de cerveza que había traído y le hacía señas con los ojos para que se perdiera. Al parecer mi amiga lo había puesto al tanto de mi incomodidad por llamar tanto la atención.

—Es difícil pasar desapercibido en un pueblo donde todos nos conocemos, y más con esos rasgos tan particulares que tienes —comentó Bryant mientras yo trataba de adivinar si era un halago o una observación.

—No te preocupes, pronto se acostumbrarán a ti —agregó Lean al tiempo que me palmeaba la pierna.

—Vamos, las invito a una cerveza —ofreció el chico fornido.

—Gracias, pero paso —contesté, echando una mirada a mi alrededor. El bar estaba lleno en su mayoría de jóvenes y solo unos cuantos mayores barbudos, algunos apostados frente a una mesa de billar, otros en la barra y unos cuantos más distribuidos entre las mesas, pero todos con la misma facha de rudos y «no me caes bien».

Pero, volviendo a la cerveza, Bryant insistía en ofenderse si no me tomaba el trago de líquido amarillo oscuro con un grueso toque de especias, la especialidad del bar. Traté inútilmente de explicarle que no era desprecio, simplemente no se me apetecía beber, mientras le daba un buen pellizco por debajo de la mesa a mi muda y distraída amiga por el menudo lío en que me estaba metiendo.

—Gracias, Bryant, pero Terri es chófer asignado, tú sabes, no puede beber —intentó ayudar.

—No te preocupes. En cualquier caso, yo las llevo en mi moto, muñecas —ofreció el joven con una sonrisa mientras yo me decía: «Sí, claro, un pase directo a sala de emergencias o, mejor aún, a un motel».

---

Fue inútil, en estos lugares no aceptar un trago de su cerveza ganadora del campeonato regional de bebidas es un insulto. ¡Qué remedio! Tuve que darle un buen trago. ¡Demonios! Sabía a rayos. Quise escupirla, pero si lo hacía no solo ofendería a Bryant, sino también al dueño del bar por ser él quien la producía, así que sin más remedio me la tuve que tragar.

Como muchos pueblos de la costa oeste, Darkwood tiene una fuerte cultura cervecera. Generaciones enteras se han dedicado a la elaboración de este producto, heredando sus recetas de padres a hijos e incluso reconocidos muchos por sus famosas marcas en todo el país y el mundo. Por lo tanto, es común que cada establecimiento ofrezca su propia receta secreta de cerveza casera de raíz y, en el caso de Harley, las suyas son reconocidas por ser fuertes en sabor y aroma, combinadas con más de diez tipos de hierbas, especias y sabrá Dios qué más.

Y, mientras yo me atragantaba con el elixir de la perdición, un alboroto se formó en la entrada. Al parecer un par de chicos que se iban saludaban a otro grupo que recién llegaba. Eran cuatro jóvenes, si no me equivoco, de entre veintidós y veinticuatro años. ¡Increíble! Todos con la misma chaqueta de cuero y con la insignia de Ángeles Negros. De repente, Bryant les gritó e hizo señas para que se nos unieran. Tres de ellos se acercaron directos a donde estábamos nosotros mientras el cuarto se quedó rezagado hablando con uno de los barbudos mayores.

—El pelirrojo es Kenneth, el del pelo café claro es Kyle, el rubio oscuro, Michel y el rubio claro carita de niño, allá al fondo, es Taylor —me susurró Lean mientras se saludaban.

Kenneth y Kyle jalaron una silla y se sentaron con nosotros. Michel saludó en general pasando de paso para irse directo a sentar al bar mientras el rubio bonito desde lejos no disimuló su malestar al vernos. Se puso tenso y serio cuando pasó saludando por nuestra mesa, haciendo la típica expresión de indiferencia, levanto la barbilla diciendo:

---

—¿Qué hay?

—Nada —contestó Bryant y, justo cuando se retiraba, por un segundo nuestras miradas se cruzaron, provocándome un inexplicable escalofrío que me subió por todo el cuerpo, con su mirada de «no te acerques, niña, o lo vas a lamentar». Desde ese preciso instante, supe que estos chicos eran de mucho cuidado y lo más sano sería mantener la mayor distancia posible.

Sin decir nada más, el rubio siguió su camino, directo a sentarse junto a su amigo en la barra del bar. Por otro lado, los dos chicos sentados con nosotras eran muy alegres y divertidos fue entretenido escuchar sus historias. La plática, la bromas y los comentarios se tornaron tan amenos hasta el punto de que, no sabía ¿cómo rayos me había metido tres fuertes cervezas caseras? Y, como era de esperar, su efecto empezaba a marearme. Temiendo no poder conducir de regreso, decidí que era hora de partir. Además, eran cerca de las doce de la noche, así que le di un suave apretón en la pierna por debajo de la mesa a mi amiga. Esa era la señal de «*vámonos*».

—¡Bailemos! —le chilló a Kenneth y de improvisto ambos se levantaron de la mesa «Increíble». En un momento no dejaba de respirar por rubio fornido y ahora no dejaba de coquetear con el dulce pelirrojo. Como era viernes de música *country*, se llenó rápido. Parejas de chicos y chicas vestidas con ropa vaquera, moteros o una mezcla de rockeros seguían llegando para bailar una de las tan famosas canciones grupales, de esas donde todos siguen los mismos pasos. Por un momento, su partida dejó un incómodo silencio entre los que quedamos en la mesa.

—Así que canadiense, ¿eeeh? —intentó abrir conversación Bryan sin apartarme sus dulces ojos de los míos.

—Así es —confirmé amable pero seca. No acostumbraba a hablar de mi vida personal en la primera salida, aunque sé que es

---

necesario para conocerse entre personas y, probablemente, Lean ya los había puesto al día.

—Dice Lean que tu padre era inglés y tu madre, canadiense, ¿cierto? —ahora fue Kyle.

—Soy mitad inglesa-colombiana por padre y francocanadiense por mi madre —respondí con cordialidad.

—Esa es la razón porque la que tienes esos ojos tan hermosos y esa exótica piel canela —observó Kyle en un tono divertidamente seductor.

Agradecí el comentario, pero deseaba irme, ya tenía suficiente humo de cigarro en los pulmones y una buena dosis de alcohol en la sangre para el resto de mi vida. Así que disimuladamente busqué con la vista a mi amiga, quien mágicamente había desaparecido en mis narices. Me levanté de golpe de la mesa, me despedí de los chicos con una sonrisa y sin darles tiempo a detenerme me retiré a ir a buscar a mi escurridiza compañera. Caminé al bar, me subí en uno de los bancos, miré por todos lados y nada, ni Kenneth ni Lean asomaban por ningún rincón.

La mesera que nos atendió me sugirió buscarlos detrás del lugar, tal vez habían salido a tomar aire. Caminé por el pasillo que daba a la puerta trasera y justo cuando la iba a empujar sentí un mareo muy fuerte. ¡Rayos! Era el «efecto golpe», que es cuando el alcohol se te sube de un solo golpe a la cabeza y empiezas a experimentar todos los efectos divertidos, ya saben, mareos, alucinaciones, náuseas, etc. ¡Grandioso! Teníamos que irnos rápido, antes de que no pudiera manejar y, cuando se me pasó un poco, seguí. Empujé la puerta, bajé el primer escalón y miré a todos lados. No se veía a nadie, a regresar sobre mis pasos iba cuando de repente escuché una especie de cuchicheo. Provenía, al parecer, de la esquina derecha de la pared, así que decidí verificar si eran los tortolitos y un metro antes de asomarme los llamé en voz baja. No quería tomarlos por sorpresa o, como decía mi abuela, «con



---

los calzones abajo», pero nadie respondió. Pensé que tal vez no me habían escuchado, así que me asomé.

Por un momento quedé pasmada ante lo que miraba, Taylor y Michel estaban recibiendo un paquete blanco con cobertura plástica de un par de chicos vestidos como motociclistas a cambio de un rollo de dólares. No sabía lo que era ni quería quedarme a averiguarlo, así que despacio retrocedí sobre mis pasos en dirección contraria, rodeando por el otro costado y, justo cuando iba a doblar en la otra esquina, un par de chicos me salieron al encuentro, también vestidos como moteros.

—¡Vaya, vaya! Tú debes ser la chica nueva del pueblo —dijo el del pelo negro y largo hasta los hombros en un tono que no me gustó nada.

—¿Y qué andas haciendo detrás del bar? —preguntó el otro, un chico de pelo rubio quemado, grande y corpulento, aproximándose más a mí.

—¡Nada! —contesté seca, sin dar un solo paso hacia atrás. Mi padre me había enseñado un par de cosas para la vida, entre ellas, que nunca debes demostrar debilidad en un ataque. Si lo haces, serás presa fácil del pánico y del enemigo.

Siguieron acercándose hasta que tuve al del pelo negro a unos centímetros de mi cuerpo. Automáticamente, mi memoria empezó a tomar lista de todo los detalles posibles, ya saben, la forma de rostro, sus posibles cicatrices, manchas o marcas, vestimenta o cualquier cosa que sirviera como un posible reconocimiento de un agresor, ya que su actitud no estaba siendo la de un par de caballeros.

El del pelo negro tenía los ojos extremadamente claros, nariz recta y una cicatriz en la mejilla en forma de zeta. Era muy delgado y medía aproximadamente un 1,85 metros. También tenía un reloj plateado y un anillo de oro blanco en la mano derecha, con algo forjado encima, como los que te dan cuando te gradúas. El

---

rubio era mucho más corpulento y alto, cálculo que tal vez un 1,90 metros, ojos claros, nariz aguileña, y tenía una especie de colgante en el cuello. No pude distinguir lo que era, pero por el color plateado podría pensar que parecían ser placas del ejército.

—Bien, si eso es todo, permiso —dije e intenté continuar con mi camino, pero, lejos de apartarse, las dos moles me cerraron el paso. «Lo que me faltaba», me dije. Pero sin perder la calma intenté rodearlos pasando tranquilamente por un lado, pero al del pelo negro se le antojó atajarme levantando un brazo.

—Espera, no te vayas tan rápido, queremos conocer un poco más a la chica canela de ojos verdes —afirmó.

—Lo siento, no tengo tiempo. Adiós —contesté y traté de seguir. Me dejó dar unos cuantos pasos y luego, en ágil movimiento, me pescó de un brazo, me jaló con fuerza hacia él y me estampó contra la pared inmovilizándome de un brazo.

—¡No acepto un no! —gruñó agresivamente. No forcejeé, esto solo haría que se tornara más violento. Respiré hondo manteniendo la calma, le medio sonreí y relajó un poco su agarre. Y, cuando volteaba confiado a ver a su compañero, orgulloso de lo que estaba haciendo, aproveché para tomar impulso, girarme y darle un buen golpe en la entrepierna. Inmediatamente, me soltó, gimió y se dobló cubriéndose con las manos donde lo había golpeado, pero no cayó, se mantuvo en pie ante los ojos incrédulos de su amigo.

Sin perder tiempo me dispuse a largarme, pero no fui lo suficientemente rápida; el rubio se me tiró encima. Caí de frente al suelo junto con la mole encima. El golpe y su peso me sacaron el aire, miré negro y me sentí aturdida. Me tomó de un hombro para girarme con brusquedad. Todo a mi alrededor se empezó a mover, era como si me hubiera rebatido todo el alcohol que me había bebido. Incluso me dieron ganas de vomitar y de repente...

—Déjamela, yo le enseñaré como se respeta a un lobo gris —gruñó el del pelo negro.

---

El rubio se apartó y su amigo se me vino encima asestándome un buen golpe en la cara que me hizo empezar a ver borroso junto con manchas oscuras. Estaba perdiendo el conocimiento cuando, al parecer, aparecieron dos tipos más y entre los cuatro se liaron a puños. A lo lejos me parecía escuchar una voz que decía algo como: «Así no se trata a una mujer, y menos de nuestro pueblo». Intenté mantener los ojos abiertos, pero fue imposible. Perdía la conciencia. Un fuerte jalón me obligó a intentar abrirlos. Alguien me levantaba en brazos, pero no podía distinguir su rostro. Un par de hilos dorados caían alrededor de su cuello rozándome la cara, un tintineo se escuchaba a lo lejos y luego, solo silencio.

Un fuerte replicar taladraba mis oídos despertándome de golpe y provocándome fuerte latidos en el pecho debido a la dosis repentina de adrenalina.

—¿Pero qué demonios? —gruñí al intentar incorporarme. Un repentino dolor sordo me recorrió el lado derecho de la cara, evitando que me levantara. Me llevé la mano al rostro para confirmar que lo tuviese completo; algo hinchado, pero lo estaba.

Abrí los ojos despacio, estaba en mi cuarto sobre mi cama y, cuando al fin pude ubicar la procedencia del estridente sonido, lo tomé con la mano izquierda de la mesita de noche, era mi celular, mientras con la otra me palpaba la cara.

—¡Aló! —saludé.

—Amor, ¿te desperté? —dijo la dulce voz del otro lado. Era mi madre. Al parecer no había llegado a noche a casa.

—No, bueno, creo que sí —contesté aturdida.

—¡Cielo! Me quedaré en el hospital, llegaré hasta la tarde si Dios lo permite —decía mientras yo buscaba con la vista la ventana para adivinar la hora, ya era de mañana—. Cuando llegue, quiero que me cuentes cómo les fue anoche. No te llame porque conociendo a Lean llegaron tarde y cansadas —decía con

---

emoción, la que estaba segura de que se esfumaría cuando viera el maquillaje morado rojizo que andaba.

—Sí, creo que así fue —murmuré.

Nos despedimos y colgamos.

Mi madre trabajaba en el hospital general de Darkwood, pequeño comparado con el de las grandes ciudades, pero muy bien equipado, y gozaba de proveer todas las especialidades. Con un excelente grupo de médicos y enfermeras, entre ellas la mía, asignada al área de emergencias, brinda atención con cariño y dedicación a todos en el pueblo. Mamá ama su trabajo y, desde que murió papá, se dedica en cuerpo y alma a sus pacientes. Suele laborar horas y turnos extras por las noches e incluso se queda en algunas ocasiones hasta al día siguiente para estar pendiente de su evolución, y los fines de semana amplía sus conocimientos recibiendo clases y asistiendo a cursos.

Y, por primera vez, no me llamó, como era nuestra costumbre, todas las noches. Se notaba que mi salida la tenía, más que alegre, encantada. Torpemente, me levanté de la cama. El dolor en la cara me tenía abrumada. Me dirigí al espejo de la cómoda, quería ver que tan mal se miraba la diversión de anoche.

«¡Maravilloso!», dije al verme el flamante morado en la mejilla y el labio roto. Esto no iba a ser muy fácil de explicar y, hablando de explicaciones,forcé a mi mente a repasar lo que me había ocurrido. Pero lo único que recordaba era a aquel par de motociclistas molestando, el golpe y a alguien cargándome en brazos. Ida en mis pensamientos estaba cuando el celular empezó a timbrar de nuevo. Miré la pantalla. ¿Quién más?

—¿Sí? —contesté.

—¿Terri? ¡Dios mío! ¿Estás bien? Pero ¿qué rayos te pasó anoche? ¿Por qué te fuiste y me dejaste? ¿Por qué no contestabas el maldito teléfono? Se supone que tú eras la responsable.

Estaba como loca y no sabía de qué rayos hablaba.